no pensaba ni remotamente que tuviese la historia un final como este. ¡Qué distante me parece todo aquello! la tiendecita, mi primera casa; parece que hace ya un siglo que salí de ella. Tú eres hombre y joven, Jorge. Yo soy ya casi una anciana, y el pobre de tu tío, tan animoso siempre, no es nada, ya no existe.

Derramó abundantes lágrimas y yo me alegré mucho de verla llorar...

Se reclinó después sobre el pretil del puente y se enjugó las lágrimas sin dejar de sollozar, y cuando pudo hablar me dijo:

—Los hombres no debían tener nunca esa sed tan abrasadora de negocios y de empresas...

¿Le habrán equivocado las medicinas, Jorge?

Me quedé sin saber qué decir.

—No,—le contesté por fin; pero estaba mintiendo, porque sorprendí al médico cuando le ponía una inyección que á mi manera de ver no era necesaria.

—No sé si le dejarán hablar en el cielo, Jorge... La cabeza me arde, hijo; no sé lo que me digo. Deja que me apoye en tu brazo... Aunque ninguno de los dos nos hemos dicho nunca nada, ya sabes tú que yo te quiero mucho, y yo sé también que tú me quieres; pero esta desgracia, hijo mío, me trastorna de mala manera...

CAPITULO II

Amor y ruina

I

Al regresar á Londres me enteré de que con la participación que había tomado yo en la escapatoria de mi tío, habían hablado mucho de mí los periódicos. Para arreglar algo los asuntos permanecí dos semanas en dicha capital, con el objeto de que mi tía no tuviese que molestarse tanto, y hasta hoy mismo me maravillo al recordar con la mucha consideración que me trató todo el mundo. Y digo que me maravillo, porque hoy está demostrado claramente que mi tío y yo no éramos ni más ni menos que ejemplares de especies modernas de bandoleros, que empleamos los ahorros de las gentes en las empresas que nos pareció, que fué lo mismo que tirar el dinero de aquellos infelices. Pero como digo ya, á pesar de saber la participación que yo había tenido en aquellas desgraciadas empresas, me trataron con mucha consideración y me permitieron que habitara algunas semanas más el chalet donde tenía yo mi estudio.

A la mañana siguiente de haber regresado á este chalet, me hallaba yo sentado cerca de la

puerta de entrada recordando todos los contratiempos que nos habían pasado en poco tiempo, cuando de pronto oí las pisadas de un caballo que se acercaba á la finca. Al levantar la vista del suelo para ver quién podría ser, vi á Beatriz que venía dando la vuelta por detrás del pabellón, y al llegar frente á donde yo estaba, tiró de las riendas del caballo para detenerlo. Venía un poco sofocada del calor y de andar á caballo largo rato.

Me quedé mirándola sin levantarme de la silla.

—¿Eres tú?—le pregunté por último.

A ella le debió extrañar la pregunta, porque tardó un poco en contestarme, mirándome entre tanto fijamente á la cara.

—Yo soy,—dijo por fin.

Como nunca he reparado en finezas y cumplidos, me acerqué á ella y sin más ni más le pregunté lo primero que se me ocurrió.

—¿De quién es este caballo?—la dije.

Me miró entonces á los ojos y tardó un poco en contestar.

—De Carnaby,—dijo por último.

—¿Por dónde has venido?

—Siguiendo á lo largo de la tapia hacia abajo.

—¿Hacia abajo?

—Sí, y un buen trozo á campo traviesa.

—Entonces no pasabas por aquí casualmente.

—Te vi ayer desde lejos y ahora vengo á verte desde cerca.

La miré entonces atentamente á la cara durante un momento.

—Aquí me tienes; no soy más que un vestigio de lo que era,—la dije.

No me contestó, pero siguió mirándome con mucha atención.

—Ya sabrás que soy el único superviviente de la gran catástrofe. Veremos á ver por dónde salimos ahora.

—Estás muy quemado del sol... Ayúdame á bajar del caballo.

Se dejó caer en mis brazos y quedamos tan juntos un momento que casi se tocaban nuestras caras.

—¿Dónde está Cothope?—me preguntó.

—Se ha marchado.

Miró entonces hacia la entrada del pabellón y después me miró á mí.

—Aún no me has enseñado esta casita,—dijo al ver que yo no le decía si quería verla.

Cogí las bridas de su caballo y las amarré á un barrote de la verja.

—¿Pero es que no trajiste de Africa el cargamento que fuistes á buscar?

—Se fué el barco á pique.

—¿Y con el barco se perdió todo?

—Absolutamente todo.

Eché detrás de ella, al entrar en el chalet, y observé que apretaba con mucha fuerza el látigo de arrear el caballo que llevaba en la mano. Miró en derredor suyo durante un momento y luego me miró á mí.

—Esta habitación resulta muy cómoda y bonita,—observó ella.

Nuestros ojos entre tanto mantenían una conversación muy diferente de la que tenían nuestros labios. Había en ellos un resplandor que nos atraía el uno hacia el otro con fuerza irresistible.

Se sentó un momento en un sofá y se volvió á levantar en seguida para examinar mis muebles y mis libros. Yo no apartaba un momento los ojos de ella.

—¿Toca este instrumento?—me preguntó al acercarse á la pianola.

—¿Qué dices?

—Que si toca esta cosa.

Salí de mi preocupación y le contesté afirmativamente.

—¿Qué piezas tocas?

—Según en el estado de espíritu en que me hallo; pero por lo regular toco con preferencia las de Be-

ethoven, aunque no dejo por eso de tocar también algunas de Chopin.

Guardamos los dos silencio durante un momento; pero al poco rato empezó ella á hablarme con alguna dificultad, parecía que tenía que hacer un esfuerzo para pronunciar las palabras.

—Toca algo,—y al decir esto se separó de mí para examinar los rollos de música, y se fijó en la primera parte de la sonata de Krentzer, pero después dudó un momento y me dijo:

—No, toca esta.

Me alargó el segundo concierto de Brahm, Op. 58, y se dejó caer en el sofá medio reclinada sin dejar de mirarme con atención, mientras que yo tocaba pausadamente...

—Oye,—dijo cuando terminé;—eso es muy bonito; no sabía yo que este instrumento, que no conocía, tocase tan bien; créeme que me ha conmovido...

Se levantó del sofá, escogió otra pieza del mismo compositor y me la alargó sonriéndose.

—Toca esta,—me dijo; y se colocó detrás de mí mientras yo ponía el cartón agujereado en el aparato. Antes de terminarla me cogió la cabeza con las dos manos y me dió un beso en la frente; pero yo levanté los brazos en seguida y se los eché con dulzura por el cuello, la atraje más hacia mí, y la besé á mi gusto en los labios; ella entre tanto me devolvía el ciento por uno. Me puse al momento de pie y quedamos confundidos en estrecho abrazo durante un buen ratito.

—¡Beatriz de mi alma!—la dije mientras seguía comiéndomela á besos.

—Corazón mío,—me contestó casi sin aliento, abandonándose completamente á mí, sin dejar á todo esto de apretarme fuertemente entre sus brazos.—¡Te amo con delirio!

II

El amor, lo mismo que todo lo demás que se relaciona con este inmenso progreso de desorganización social en que vivimos, es una cosa que flota á la ventura, una cosa infructuosa que nace de su misma conexión. Hablo aquí de este amor por la gran significación que tiene, y porque lo veo ahora brotar en mi memoria como brota una florecilla en medio de los escombros de grandes ruinas. Durante quince ó veinte días seguimos viéndonos diariamente y amándonos con la misma fuerza y entusiasmo del primer día. Esta poderosa pasión que nuestra sociedad ha encadenado, mutilado y envilecido, sin propósito determinado, llenaba mi alma de inefable alegría; me avasallaba y entusiasmaba de tal modo, que para mí era la cosa más solemne del mundo; y lo mismo le pasaba á ella, pues recuerdo muy bien que ninguno de los dos nos reíamos. No teníamos tiempo para tal cosa; las horas nos parecían segundos, no deseábamos más que contemplarnos, amarnos, y hablar con mucha seriedad de nuestra felicidad sin importarnos nada las demás cosas del mundo.

Ahora que me hallo sentado á mi mesa escritorio pienso en todas estas cosas inefables.

Llegué entonces á saber tanto del amor, que ahora puedo hablar con fundamento de causa de esta pasión, y aunque nuestra separación era inevitable, yo pude por fin amar de veras una vez en mi vida.

Recuerdo que tomamos una barca para pasear un rato por debajo de los árboles y cañaverales que cubren de sombra el canal Woking, y me estuvo refiriendo lo que le había pasado desde que nos encontramos la segunda vez.

Me dijo además otras muchas cosas que yo no sabía, pero que en algunos momentos de luminosa y transitoria sospecha, me había imaginado.

Me hizo comprender cómo la había formado á ella la vida. Me habló de su niñez desde la primera vez que nos conocimos. «Eramos pobres y con muchas pretensiones. Debí de haber casado, pero dejé pa-

sar el tiempo esperando que se presentaría alguna cosa mejor, porque no me gustaba nada de lo que me ofrecían.»

Hizo una pausa. «Canarby se presentó entonces en mi camino.»

Al pronunciar este nombre me quedé inmóvil como una estatua de piedra, esperando con ansiedad que prosiguiera su conversación. Bajó entonces la vista y metió un dedo en el agua.

—El deseo de figurar, de vestir bien, de vivir en buenas casas... Canarby me hizo el amor, y como yo no puedo hacer las cosas á medias...

Guardó silencio durante un momento.

—¿Lo sabías tú?—dijo de pronto fijando la vista en mí.

Afirmé con una inclinación de cabeza.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace pocos días... Me quedé algo sorprendido, pero no cambié de manera de pensar...

Sin dejar de mirarme me dijo con voz reposada:

—Por instinto sospechaba yo que Cothope lo debía saber.

—En otra ocasión hubiera importado esto mucho para nuestro amor, —empecé yo diciendo.. —Ahora...

—No importa nada, —dijo ella completando mi frase. —Yo no podía vivir tranquila si no te lo decía. Era preciso que te explicara cuanto antes el por qué no me casaba contigo, con las dos manos. Te he amado, —hizo una pausa, —te he amado desde que te dí de niña el primer beso cuando nos metimos en el matorral. Pero á pesar de eso me olvidé de tí, de pronto.

olvidé de ti.

Se cubrió de pronto la cara con las dos manos y estuvo llorando un buen rato.

—¡Te olvidé, te olvidé, desventurada de mí! —dijo entre sollozos, y volvió á quedarse tranquila....

—¡No te acuerdes ya de eso!, —dije yo soltando el remo de la mano. —Mira, hazte cuenta que no

ha pasado nada. Cásate conmigo y pelillos á la mar. Aunque soy un hombre arruinado me tienes á tu disposición.

Sacudió la cabeza sin levantar la vista del fondo de la barca.

Permanecimos los dos inmóviles durante un momento, hasta que por último volví yo á repetir en voz muy baja:

—Cásate conmigo y no pienses más en lo pasado.

—Ojalá pudiera hacerlo. Pero sea como fuere, nadie nos puede quitar ya estos días felices que hemos tenido. Para mí han sido una verdadera gloria, para ti también, ¿no es verdad? No te he regateado nada de lo que tenía que darte. Verdad es que ha sido un regalo bastante pobre para lo que significa y lo que podría haber sido. Pero ahora ya se acaba.

—¿Por qué? ¡Cásate conmigo! Los dos juntos podemos...

—No es posible, vida mía. ¿Cómo quieres que sea tu mujer para siempre y que vea con tranquilidad que te matas á trabajar?

—¿Y por qué no? —dije yo.

Se quedó entonces mirándome con mucha gravedad, enseñándome el índice de la mano derecha

—¿Pero realmente crees eso de mí? ¿no te has fijado siquiera en lo que soy y en mi manera de pensar?

Me quedé sin saber qué contestarle.

—Ni una sola vez me ha pasado por la imaginación que podía casarme contigo, —dijo muy seria. —Desde la primera vez que nos vimos me enamoré de ti; pero ni aun cuando parecía que prosperabas mucho y que llegarías á ser un hombre rico, no pensé en nada de esto. Te amaba muchísimo, pero sabía además que no era bastante buena. ¿Qué podrá ofrecerte una mujer como yo, marchita, de malas costumbres y acostumbrada á frecuentar malas sociedades? Si no valía lo bastante para ser

la mujer de un rico, mucho menos valdría para ser la mujer de un pobre. Perdóname si te hablo ahora con tanta claridad; tenía grandes deseos de explicártelo todo, y hasta consideraba un deber mío el decírtelo...

Se detuvo al observar el movimiento que hice. Me había puesto de pie y la canoa estuvo á punto de zozobrar.

— No me importa nada, — dije yo. — Quiero que seas mi mujer; te tienes que casar conmigo.

— Cállate y no lo eches á perder. ¡Es imposible, hombre! ¿no lo comprendes?

— ¡Imposible!

— Mira, piensa un momento que por no saber hacer nada, no sé ni siquiera peinarme sola. ¿Es que pretendes que sea tu sirvienta?

— ¡No digas eso, mujer! ¿Crees por ventura que yo soy un hombre inútil que no podré ganar lo suficiente para que vivamos con cierta comodidad?

— No lo eches á perder te digo. Te he dado todo lo que tenía, todo lo que podía darte, — exclamó, levantando los brazos á un tiempo. — Si pudiera, si comprendiera que era lo bastante buena para casarme contigo, lo haría al momento sin vacilar. Pero, hijito de mi alma, si estoy arruinada, no le des vueltas, soy mujer averiada. Y tú, por otro lado, estás arruinado también. Pero esto no quita de que podamos ser felices algunas horas.

Se arrodilló de pronto á mis pies y me echó una mirada que me hizo estremecer.

— Mira, — me dijo, — si me vuelves á hablar una palabra más de este asunto, te doy un beso, me cojo á tu cuello, y los dos nos vamos al fondo del río. Estoy decidida, moriré con gusto á tu lado. Escoge la clase de muerte que quieras, que yo por mi parte no me importa el morir contigo. Pero óyeme antes un momento. Yo te amo con delirio y te amaré mientras viva; y por lo mismo que te amo, no quiero descender al polvo, á lo mugriento y sucio de lo familiar. ¿Qué más quieres? ¿No te he dado lo que podía darte y yo he recibido de ti todo cuanto deseaba? Si, á pesar de lo hecho, sigues encontrando algo de magia en mí, aquí me tienes, ven á mis brazos, vida mía, que ya sabes que no importa que se vaya la barca á pique y nos ahoguemos los dos abrazados. Así, corazón mío.

Me echó los brazos al cuello y se encontraron en seguida nuestros labios.

III

Cuando me acuerdo de aquel día, tranquilo pero sin sol, que iba á ser el último que nos reuniéramos los dos, se me ocurre pensar en un día húmedo ó lluvioso, y que al mismo tiempo caen chispas de fuego, pues parecía que los dos ardíamos materialmente.

— ¿Y ahora te querrás casar conmigo? — la volví á preguntar antes de desasirnos de los brazos.

— No, — me dijo; — seguiré viviendo como vivo ahora.

— Mira, — la dije, — este mundo da muchas vueltas; y á pesar del gran desastre mío, confío en poder levantar la cabeza en poco más de un año.

— Aunque así sea; yo tengo que volver á Carnaby para continuar viviendo con él.

— ¡Pero!...

Estas contestaciones suyas no me irritaban á mí ni mucho menos; no veía yo que fueran injuriosas para mí; lo único que sentía era una gran desanimación, una desilusión grandísima.

— Toda la noche he estado pensando en esto; no he podido pegar los ojos, así es que mis contestaciones no son hijas del impulso momentáneo; están bien premeditadas. Te he dicho, y te lo repetiré mil veces, que te quiero como es imposible que se pueda querer más en el mundo, pero hasta aquí hemos llegado...

— Pasaríamos el resto de la vida juntos, — dije yo.

— No estaríamos juntos. Ahora lo estamos, y conservaré siempre en mi memoria hasta el detalle más insignificante de lo que ha pasado entre nosotros, y lo recordaré todo con gran satisfacción y alegría.

— Lo mismo haré yo.

— Pero no podemos seguir adelante.

Se había puesto momentáneamente algo pálida, y se quedó mirándome un momento sin decir nada, como si estuviese distraída, y luego empezó diciendo:

— Todo lo que sabía yo del amor, todo cuanto aprendí en los libros que he leído y lo que yo de mi parte he soñado, lo reuní cuidadosamente y te lo he dado durante estos días que hemos estado juntos. Pero no podemos seguir así, ni creo yo tampoco que á ti te pase por la cabeza de que mañana nos podremos volver á ver en una habitación amueblada de alguna casa de Londres ó París.

— Nada de eso, — me apresuré yo á contestar. — Te quiero para que seas mi esposa, para que me traigas algunos chiquillos.

Guardó silencio durante un momento, sin dejar de mirarme atentamente, y creyendo yo que se hallaba ya medio vencida, volví á la carga sin darle tiempo á que hablase.

—¡Dios eterno!—exclamé.—¡Parece que te asusta la vida, Beatriz! No pienses ya en lo pasado. Hagamos cuenta que principiamos á vivir ahora, imagínate que vas á mi lado limpia é inmaculada, y verás cómo luchamos y nos abrimos paso en el mundo. No creas que soy un simple enamorado que á todo diré amén; si veo que te extravías, me apresuraré á llamarte la atención, y arreglaremos nuestras diferencias amigablemente. El amor no ha de faltar en nosotros nunca, nos amaremos mientras tengamos vida...

Movió la cabeza, poniéndome al mismo tiempo la mano por delante de la cara para que no continuara hablando.

— ¡Basta, hijito, basta!

— ¡Si no he terminado aún!

— Veo que tengo más talento que tú, — dijo mientras se enjugaba las lágrimas con el pañuelo. — No prosigas, porque todo lo que estás diciendo son cosas que no tienen sentido, y tú mismo reconoces en tu interior que es verdad lo que yo digo, y hasta me extraña mucho que te expreses así.

Iba yo á protestar, cuando volvió á hacer otro ademán para que no dijera nada.

— Es inútil, no prosigas. La sociedad en que vivimos nos ha hecho así. ¿Pero es que no te has fijado aún en lo que soy? Yo puedo amar y hacer al mismo tiempo que correspondan á mi amor. ¡No me censures, vida mía! Ya te he dicho que te he dado todo lo que tenía. Si pudiera darte algo más... He pensado mucho en todo esto, tanto que en este momento me arde la cabeza. La luz se separó ya de mi lado, ya no soy más que una mujer enferma, cansada y estropeada con los malos hábitos que he adquirido con esa vida de continua holganza. Las personas se estropean tanto en medio de la riqueza como en medio de la pobreza; así es que para mí existe un error grandísimo en el mundo. ¿Cómo es posible que me negase yo á ponerme á tu lado para hacer frente á los contratiempos de la vida, si supiera que no me había de hundir á los primeros pasos que diera? Aquí me tienes, condenada estoy; pero no quiero que te condenes tú. No eres ningún ignorante ni mucho menos, sabes perfectamente lo que soy, y sin embargo, estás representando ahí el papel del valiente. Demasiado sabes tú que no he observado buena conducta; pero te juro, corazón mío, que desde hace unos días soy buena... Como eres hombre, no comprendes ciertas cosas. Las averías de una mujer no tienen compostura; una vez estropeada, así queda ya para tóda la vida.

Se volvió á enjugar las lágrimas y prosiguió en medio de sollozos:

— Es una necedad que desees casarte conmigo;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ni te conviene á ti ni me conviene á mí tampoco. Hemos hecho ya todo lo que podíamos hacer; así es que lo demás que se diga de este asunto es pura comedia.

Al ver que yo no decía nada, se separó el pañuelo de los ojos y me interrogó de pronto:

—¿Pero no lo comprendes tú así? ¿No lo ves todavía?

Nos quedamos un momento mirándonos de frente sin decirnos nada.

—Sí, lo comprendo, —exclamé yo por fin.

Cabizbajos y pensativos marchamos los dos un ratito el uno al lado del otro, sin decirnos una palabra. De pronto levantó ella la cabeza del suelo para mirarme.

—Has sido mío, —dijo ella.

—Ni el cielo ni el infierno pueden ya hacer que lo que ha sido no sea, —contesté yo.

—Yo necesitaba... —prosiguió ella diciendo. —Necesitaba hablarte, echarte un discurso por la noche, y todo lo he conseguido; hemos echado varios discursos; y lo que ha pasado entre nosotros no lo olvidaré nunca, recordaré y me repetiré á solas todo lo que hemos hablado, y moriré contenta...

Habíamos llegado á la puerta del jardín de lady Osprey. Beatriz estaba ahora mucho más pálida que antes, y con voz temblorosa y casi imperceptible me dijo:

—Tú en cambio te olvidarás muy pronto de todo.

—Eso nunca.

IV

—Adiós, —me dijo, y se metió en su casa.

Creí que no la volvería á ver, pero dos días después de estos acontecimientos, salí yo de lady Grove en dirección á la estación del ferrocarril, sin que recuerde en este momento el asunto que me

llevaba allí, cuando de pronto la vi venir hacia mí montada á caballo, acompañada de Carnaby, lo mismo que los había visto anteriormente. Fué aquel un encuentro inesperado, y tanto ella como yo nos quedamos algo sorprendidos al vernos. Tiró de las riendas del caballo para detenerlo un poco, y me saludó con la mano; pero Carnaby, que sabía ya que habíamos quedado arruinados, me hizo un saludo sumamente frío y desdeñoso.

Me quedé á un lado del camino, contemplando cómo se alejaban los dos...

Entonces fué cuando principiaron para mí las amarguras de la vida. El mundo entero parecía que se me venía encima en aquel momento. Había visto morir á mi tío después de haberse arruinado, pero su muerte no me afectó tanto como el ver ahora á mi Beatriz alejarse de mí con tanta indiferencia. Toda la magia que ejercía sobre mí se convirtió de pronto en tristeza, y empecé de pronto á llorar como un niño en medio del camino.

—¡Dios misericordioso! —exclamé; —¡esto ya es demasiado! —y volví la cabeza para ver si la veía aún á lo lejos, pero no vi más que los árboles que se extendían á lo largo de las dos orillas del camino; entonces maldije mi suerte y quise correr detrás de ella; pero un hombre que había estado observándome desde el otro lado del camino, se puso delante de mí para mirarme, y yo me avergoncé tanto de que me viese llorar, que me volví á la estación y cogí el primer tren que pasó para Londres...